

Autora best seller de The New York Times

SUSAN WIGGS

Mapa del corazón



Camille Adams había enviudado a causa de una gran tragedia, pero consiguió seguir adelante con su vida en una tranquila ciudad de la costa junto a su hija adolescente, Julie. La llegada de un misterioso paquete abrió de par en par la puerta a los antiguos secretos de su familia.

Camille, Julie y el padre de Camille volvieron al pueblo francés donde él había pasado la infancia, y eso despertó recuerdos inesperados que los transportaron a los oscuros días de la Segunda Guerra Mundial. Y, en la preciosa campiña provenzal, descubrieron una sorprendente historia.

Aunque la Provenza les proporcionó respuestas sobre el pasado, también era la llave del futuro de Camille. En su andadura, conoció a un exoficial de la marina que volvió a despertar su pasión, una pasión que ella no esperaba volver a sentir.

Para mi marido, Jerry: por todos los viajes que
hemos hecho, por todos los momentos de
inspiración, por perderte conmigo en caminos
perdidos, por las interminables divagaciones y
fantasías, por saber que el mejor viaje de la vida
es el que te lleva a casa.
Tú eres la mejor aventura que he tenido.

Primera parte

Bethany Bay

Gracias por todos los Actos de Luz que embellecieron un verano que aún pervive en el recuerdo.

CARTA DE EMILY DICKINSON A LA SEÑORA JOHN HOWARD SWEETSER

Capítulo 1

De los cinco pasos del revelado de un carrete, cuatro debían hacerse en una completa oscuridad. Y, en el cuarto de revelado, el control del tiempo lo era todo. La diferencia entre la sobreexposición y la falta de exposición era, muchas veces, cuestión de una fracción de segundo.

A Camille Adams le gustaba aquella precisión. Le gustaba la idea de tener bajo control un buen resultado con el adecuado equilibrio entre los químicos y la exactitud del tiempo.

No podía haber luz en la habitación, ni siquiera una luz de emergencia roja o ámbar. «Camera obscura» era la expresión latina de «cámara oscura» y, cuando ella era joven, había hecho grandes esfuerzos para perfeccionar su oficio. Su primer cuarto de revelado, su primera «cámara oscura», había sido un armario que olía al perfume de *frangipane* de su madre y a las botas de pescar de su padrastro, aderezado con el salitre de Chesapeake. Rellenaba todas las grietas con burlete y cinta de carroceros para cerrar cualquier posible entrada de luz. Incluso la más fina grieta, del grosor de un cabello, podía velar los negativos.

Los carretes antiguos eran una obsesión suya, sobre todo, ahora que las imágenes digitales habían sustituido a la película fotográfica. Adoraba la emoción que le causaba abrir una puerta al pasado y ser la primera en mirar. A menudo, mientras trabajaba con un carrete antiguo o con un rollo de película, intentaba imaginarse a la persona que se había tomado la molestia de sacar la cámara y hacer fotos o una película capturando un momento espontáneo o una pose elaborada. Para ella, el cuarto de revelado, aún en completa oscuridad, era el único sitio donde podía ver con

claridad, el lugar en el que se sentía más competente y con más dominio de la situación.

El proyecto de aquel día consistía en restaurar un carrete de treinta y cinco milímetros hallado por un cliente a quien ella no conocía, un profesor de Historia llamado Malcolm Finnemore. El carrete le había sido entregado por mensajería desde Annapolis, y las instrucciones que se encontraban en el interior del paquete indicaban que necesitaba una devolución rápida. Su trabajo consistía en revelar la película, digitalizar los negativos con el escáner, positivar las fotografías y enviar los archivos por correo electrónico. El servicio de mensajería volvería a las tres para recoger los negativos originales y las hojas de contacto.

Camille no tenía problemas con los plazos. No le afectaba la presión. La obligaba a ser lúcida y organizada. La vida funcionaba mejor de esa manera.

Ya tenía preparados los líquidos para revelar. Había calculado con precisión las cantidades y las había medido cuidadosamente. No necesitaba la luz para saber dónde estaban, perfectamente alineados, como si fueran instrumentos en la bandeja de un cirujano. Líquido de revelado, baño de paro, fijador y líquido de aclarado. Sabía cómo manejarlos con suma delicadeza. Cuando la película estuviera revelada y seca, ella inspeccionaría el resultado. Le encantaba aquella parte de su trabajo: ser la que descubriera tesoros perdidos y encontrados, abriendo cápsulas olvidadas con un solo acto luminoso.

Algunos, entre los que estaba su difunto marido, Jace, consideraban que la fotografía era un pasatiempo. Ella, sin embargo, sabía cuál era la realidad. Con solo mirar un grabado de Ansel Adams —que no tenía relación alguna con Jace— era suficiente para saber que en el cuarto de revelado se podía hacer arte. Detrás de cada fotografía ya terminada había docenas de intentos, hasta que Adams encontraba los ajustes perfectos.

Camille nunca habría sabido lo que había en aquel viejo carrete si el tiempo y los elementos no lo hubieran estropeado. Tal vez el profesor lo había encontrado en los archivos del Smithsonian o en algún almacén de la biblioteca de Annapolis. Ella quería hacerlo bien, porque el negativo del carrete que estaba introduciendo cuidadosamente a la espiral de revelado podría ser un hallazgo importante. Podría contener retratos de personas que no había visto nadie, o paisajes que habían cambiado hasta resultar irreconocibles, o la captura de un momento del tiempo que ya no existía en el mundo.

Por otra parte, podía ser una escena prosaica, un pícnic familiar, la imagen genérica de una calle, la fotografía de un desconocido a quien no era posible identificar... Tal vez fuera la fotografía de un difunto al que su viuda quería ver una vez más. Camille recordaba la alegría y la tristeza que había experimentado ella al mirar fotografías de Jace después de su muerte. Las últimas fotos que le había hecho seguían en la oscuridad, en un carrete que aún estaba en su cámara Leica, su favorita. No había vuelto a tocarla desde que lo había perdido.

Ella prefería trabajar con películas de perfectos desconocidos. La semana anterior le habían enviado una colección de negativos de nitrato de celulosa en un estado muy precario. El tiempo y el descuido habían pegado unas imágenes con otras. Después de varias horas de trabajo minucioso, había conseguido separarlas, quitar el moho y fijar las capas de las imágenes, revelando de ese modo algo que había visto el ojo de la cámara hacía casi un siglo: la única fotografía conocida de una especie de pingüino ya extinguido.

En otra ocasión, había conseguido revelar una serie de negativos de retratos hechos a Bess Truman, una de las primeras damas más alérgica a la cámara de todo el siglo XX. Hasta la fecha, el proyecto con el que había logrado más atención había sido la fotografía de un asesinato por encar-

go, porque había servido para absolver a título póstumo a un hombre ejecutado por un crimen que no había cometido. La prensa nacional le había concedido el mérito de resolver un caso muy antiguo, pero, para ella, saber que habían ahorcado a un hombre inocente mientras que el verdadero asesino había tenido una larga vida era un éxito agridulce.

Puso en marcha el temporizador digital y se preparó para comenzar con la alquimia especial del cuarto de revelado.

Sin embargo, el sonido del teléfono, que estaba junto a la puerta, interrumpió el momento. No podía tener el teléfono dentro del cuarto de revelado a causa de la luz del piloto que se encendía cuando sonaba, así que ponía el volumen al máximo para oír los mensajes que le dejaban en el buzón. Desde que a su padre le habían diagnosticado un cáncer, a ella se le aceleraba el pulso cada vez que llamaba alguien.

Esperó unos segundos mientras se reprendía a sí misma por el sentimiento de pánico. La enfermedad de su padre había remitido, aunque los médicos no les habían dicho cuánto iba a durar aquel tiempo de gracia.

—Soy Della McClosky, del Centro Médico Henlopen. Quisiera hablar con Camille Adams. Su hija Julie está en la sala de urgencias...

Julie. Camille abrió la puerta de par en par y tomó el teléfono. La lata de la película cayó al suelo. El miedo le había disparado la adrenalina por todo el cuerpo.

—Hola, soy Camille. ¿Por qué está en urgencias Julie?

—Señora, su hija ha venido en ambulancia desde el Club de Surf de la Bahía de Bethany. Ahora está consciente. Está incorporada y habla. El entrenador Swanson está con ella. Una corriente la arrastró durante la clase de salvamento de surf, y ella aspiró agua. El médico le está haciendo un reconocimiento.

—Voy para allá.

Salió por la puerta trasera, bajó de un salto los escalones del porche y corrió hacia el coche. No pensó, tan solo actuó. Cuando alguien te llamaba para decirte que tu hija estaba en urgencias, no había tiempo de pensar. Lo único que sentía era un miedo indescriptible que le atenazaba el pecho.

Salió derrapando por la carretera y giró en la rotonda del faro, que estaba al final de su calle. El centinela que dominaba la bahía llevaba un siglo avisando a los navegantes de la presencia de aquellos bajíos rocosos.

La radio del coche estaba encendida. Estaban emitiendo noticias sobre surf comentadas por Crash Daniels, el dueño del Surf Shack.

—Ya ha llegado el verano, amigos, se nota en el ambiente. Toda la península de Delmarva disfruta de una temperatura que ronda los treinta grados centígrados, y el mar está deslumbrante. El invierno se ha ido de Bethany Bay...

Apagó la radio. El pánico que sentía por su hija hacía necesario que mantuviera una concentración absoluta. ¿Qué demonios estaba haciendo Julie en una clase de salvamento de surf? Ni siquiera era una de sus asignaturas obligatorias, sino una clase de Educación física opcional que se les ofrecía a los estudiantes del noveno curso. Ella le había prohibido a Julie que asistiera, aunque Julie se lo había rogado. Era demasiado peligroso. Las corrientes de la parte de la península que daba al océano eran muy peligrosas. Sin embargo, no le causaba ninguna satisfacción tener razón. Sintió tanto horror al pensar en que el mar había arrastrado a Julie, que tuvo ganas de vomitar.

—Tranquila —se dijo—. Respira hondo. Te han dicho que Julie está consciente.

Sin embargo, Jace también estaba consciente antes de que lo perdiera para siempre, hacía cinco años, cuando estaban haciendo un viaje de segunda luna de miel. Pensó en todo aquello sin poder evitarlo. Aquel era el motivo por el que no le había firmado a Julie la autorización para que

participara en el salvamento de surf. No sobreviviría a otra pérdida.

Ella había tenido una vida maravillosa, sin saber que la desgracia podía cebarse con cualquiera sin previo aviso. Durante su idílica infancia en Bethany Bay había sido tan salvaje y despreocupada como los pájaros que sobrevolaban aquel enclave al borde del Atlántico. Ella misma había sido una experta en salvamento de surf. Se animaba a todos los escolares a que hicieran aquel curso, que requería una buena forma física, porque en una población rodeada de mar en tres de sus cuatro límites, era obligatorio tener conocimientos en materia de seguridad. La playa era un gran atractivo y las olas que rompían en ella eran especialmente indicadas para practicar el surf, y los jóvenes debían entrenarse en el arte del salvamento con tablas especiales de remo. Aquella era una tradición de la bahía de Bethany. Cada mes de mayo, aunque el agua aún estuviera helada de las corrientes del invierno, el departamento de Educación Física ofrecía aquellas clases tan exigentes.

Cuando tenía catorce años, ella no era consciente de los peligros del mundo. Había llegado muy pronto a ser la primera de su grupo de salvamento y había ganado la competición anual en tres ocasiones consecutivas. Recordaba lo alegre y segura que se había sentido con cada una de aquellas victorias. Todavía recordaba el gozo de luchar contra las olas bajo el sol y vencer, y de reírse con sus amigas embriagada por la satisfacción suprema de conquistar los elementos. Al final del curso siempre hacían una hoguera en la playa, y los entrenadores de salvamento de surf seguían manteniendo aquella tradición para que los niños formaran vínculos duraderos compartiendo aquella experiencia. Ella quería que Julie también viviera todo aquello, pero su hija era distinta.

Hasta hacía cinco años, ella había sido una adicta a la adrenalina. Hacía surf, kitesurf, escalada... cualquier cosa que pudiera proporcionarle una emoción profunda. Jace

era su compañero perfecto, porque él también era un amante de la aventura.

Aquellos días habían pasado. Ella había cambiado debido a la tragedia. Se había vuelto cautelosa en vez de intrépida, temerosa cuando antes se atrevía a todo y contenida cuando antes era desenfadada. Consideraba que el mundo era un lugar lleno de peligros para aquellos que fueran tan tontos como para arriesgarse. Todo lo que amaba era frágil para ella, y sabía que podía perderlo tan rápidamente como había perdido a Jace.

Julie había asimilado la muerte de su padre con la inocencia estoica de una niña de nueve años, sufriendo silenciosamente y, al final, aceptando el hecho de que su mundo ya nunca sería igual. La gente había alabado su templanza y ella se había sentido agradecida por tener un motivo por el que debía seguir adelante con su vida.

Sin embargo, cuando Julie le había llevado a casa la autorización para hacer el curso de salvamento de surf, ella no la había firmado. Habían tenido discusiones. Había habido lágrimas, pataleos y lloreras sobre la cama. Julie la había acusado de querer sabotear su vida.

Camille sabía que estaba limitando el avance de su hija, pero también sabía que estaba alejando a Julie de los peligros. Quería que su hija experimentara en el instituto la misma diversión y camaradería que ella, pero Julie tendría que encontrar todo eso a través de actividades más seguras. Parecía que se las había arreglado para entrar en la clase de salvamento de surf, seguramente, con el viejo ardid de falsificar la firma de la autorización materna.

Había pocas fuerzas más grandes que la determinación de una chica de catorce años cuando quería algo. Una adolescente no iba a detenerse ante nada con tal de salirse con la suya.

Ella debería haber estado más atenta. En vez de concentrarse absolutamente en su trabajo, debería haber vigilado más a su hija, y se habría dado cuenta de que Julie

tramaba algo, de que se iba a clase de salvamento de surf en vez de ir a jugar al balón prisionero, o a la sala de estudio, o a cualquier otra actividad que no fuera aquel curso de la playa.

Cuando Jace vivía, los dos se habían cerciorado de que Julie se convirtiera en una gran nadadora. A los ocho años, la niña ya sabía cómo funcionaba la resaca, y lo que tenía que hacer para sobrevivir si se veía atrapada en alguna corriente: nadar suavemente para mantenerse a flote, mantenerse paralela a la costa y no luchar contra ella. Jace se lo había explicado todo. Las corrientes de resaca volvían a los tres minutos, así que no había que dejarse llevar por el pánico.

Últimamente, sin embargo, dejarse llevar por el pánico era su especialidad.

Camille buscó a tientas en el interior de su bolso, sin apartar los ojos de la carretera. Tocó la cartera, el bolígrafo, la chequera, un peine, unos caramelos... pero no encontró el teléfono. Se lo había dejado en casa al salir corriendo hacia el hospital.

El hospital, donde habían llevado a su hija herida mientras ella estaba escondida en el cuarto de revelado, ignorando el resto del mundo. Con cada pensamiento negativo, apretaba un poco más el acelerador, hasta que se dio cuenta de que circulaba a ochenta kilómetros por hora en una zona en la que el límite de velocidad era de cincuenta. No frenó. Si la paraba la policía, le pediría que la escoltaran.

Las palabras «por favor» reverberaron por su cabeza. Rogó que no le ocurriera nada a Julie. Por favor, a Julie, no.

Catorce años, inteligente, divertida, maniática... Julie era su mundo. Si le ocurría algo, el mundo terminaría para ella. «Yo dejaría de existir», pensó, con una certidumbre absoluta.

La carretera de la costa dividía en dos la extensión de terreno llano que había entre la bahía de Chesapeake y la inmensidad del océano Atlántico. La bahía estaba bordeada

da de dunas de arena que acogían colonias de pájaros nativos, y se curvaba hacia el interior, recibiendo el embate de las olas del Atlántico y formando una de las mejores playas de surf de la costa este. Allí, en aquella maravillosa playa de arena blanca que atraía el turismo año tras año, había ocurrido el accidente de Julie.

Camille volvió a acelerar. Cinco minutos después, entró en el aparcamiento del hospital. Aquel lugar tenía recuerdos lejanos y recientes para ella. Salió de un salto del coche y fue directamente a la recepción.

—Julie Adams —le dijo a la recepcionista—. La han traído de clase de salvamento de surf.

La recepcionista consultó la pantalla del ordenador.

—Área de cortinas siete —le dijo—. Después de girar, a la derecha.

Ella sabía dónde estaba. Dejó atrás la gran pared del homenaje al doctor Jace Adams. Siempre que veía aquel muro, los recuerdos le causaban una aguda punzada de dolor en el corazón.

Echaba de menos al padre de Julie todos los días, pero, sobre todo, cuando estaba asustada. Otras mujeres podían contar con sus maridos cuando se producía un desastre, pero ella, no. Ella solo podía acudir a sus recuerdos. Había perdido encontrado y perdido al amor de su vida en un abrir y cerrar de ojos. Jace permanecería para siempre entre las sombras de su memoria, demasiado lejano como para reconfortarla cuando estaba aterrada.

Que era casi todo el tiempo.

Se acercó a toda prisa a la zona de los compartimentos. Estaba desesperada por ver a su hija. Atisbó su pelo rizado y negro y una mano delicada que colgaba de una camilla.

—Julie —dijo, cuando estuvo al lado de la cama con ruedas.

Los otros presentes se apartaron para que pudiera acercarse. Fue una pesadilla ver a su hija conectada a los monitores y rodeada de personal médico. Julie estaba sentada

con un collarín en el cuello, con varias cintas impresas alrededor de la muñeca y una vía en el brazo. Y con cara de estar muy molesta.

—Mamá —dijo—. Estoy bien.

Aquello era lo que necesitaba oír. La voz de su hija, diciéndole aquellas palabras. Sintió un alivio casi insopportable.

—Cariño, ¿cómo estás? ¿Qué ha pasado? Cuéntamelo todo —dijo, y devoró a su hija con los ojos para comprobar si estaba pálida o si estaba sufriendo algún dolor. No, en realidad, no. Lo que tenía era la típica expresión adolescente de exasperación.

—Como ya he dicho, estoy bien —respondió, poniendo los ojos en blanco.

—Señora Adams, soy el doctor Solvang. Yo he atendido a Julie —le dijo un médico vestido con el traje verde y la bata blanca del hospital, que se había acercado a ellas.

Como buen médico de urgencias, el doctor Solvang le explicó lo sucedido con calma, metódicamente. La miró a los ojos y habló con frases cortas y claras.

—Julie ha dicho que se cayó de la tabla de salvamento cuando intentaba rodear una boya remando de rodillas, durante un ejercicio de velocidad. Una corriente la zarandeó, ¿no es así, Julie?

—Sí —murmuró ella.

—¿Te refieres a la resaca? —le preguntó Camille, y le lanzó una mirada fulminante al entrenador, que estaba un poco alejado y tenía una expresión vacilante. ¿Acaso él no la estaba vigilando? ¿Acaso la primera lección de salvamento de surf no era evitar las corrientes de resaca?

—Pues parece que sí —respondió el médico—. El entrenador Swanson pudo llevar a la orilla a Julie. En ese momento, ella estaba inconsciente.

—Oh, Dios mío —murmuró Camille. No podía soportar aquella imagen—. Julie... no lo entiendo. ¿Cómo ha podido suceder esto? Ni siquiera debías estar en clase de salva-

mento de surf —dijo, y tomó aire—. Hablaremos de eso más tarde.

—El entrenador la llevó a la orilla y le hizo la respiración boca a boca. Consiguí que Julie expulsara toda el agua que había aspirado. Ella recuperó el conocimiento inmediatamente. Después, la trajeron aquí y le hicimos un reconocimiento.

—Entonces, está diciendo que mi hija se ahogó.

—Me di un golpe y me caí de la tabla, nada más.

—¿Cómo? ¿Que te diste un golpe? Dios mío...

—Bueno, me caí... —dijo Julie, mirando alrededor por el cubículo.

—La contusión se le curará perfectamente por sí sola —dijo el doctor Solvang.

—¿Qué contusión? —preguntó Camille. Tuvo ganas de agarrar al médico por la solapa y zarandearlo—. ¿Se golpeó la cabeza?

Le tocó la barbilla a Julie, buscando la herida entre los rizos oscuros de su hija, que estaban llenos de salitre. Tenía un chichón al borde del pelo, sobre un ojo.

—¿Cómo te golpeaste la cabeza?

Julie apartó la mirada. Se tocó el pelo ligeramente, por encima de la sien.

—Le hemos hecho una revisión neural cada diez minutos —le dijo la enfermera a Camille—. Todo es normal.

—¿No llevabas casco? —le preguntó Camille a Julie—. ¿Cómo te has hecho una contusión?

—Mamá, no lo sé, ¿de acuerdo? Pasó todo muy rápido. Por favor, deja de agobiarte.

Lo del malhumor de Julie era algo nuevo. Ella había empezado a notarlo un poco antes, durante el curso escolar. En aquel momento, el malhumor le pareció una señal esperanzadora, porque significaba que se sentía normal.

—Y ahora, ¿qué? —le preguntó Camille al médico—. ¿Va a ingresarla?

Él sonrió y negó con la cabeza.